

El lugar de la apreciación estética en la obra de Luis Féder: Un eclipse de luna

Yazmín Mendoza

Luis Féder fue un renombrado psicoanalista de la Asociación Psicoanalítica Mexicana, uno de los fundadores de la misma y fundador de su revista oficial *Cuadernos de psicoanálisis*. Tuvo una destacada labor dentro de la asociación donde se le recuerda por su creatividad e ingenio crítico, y por su gran talento como clínico, maestro y supervisor. Sagaz, de palabras directas y fulminantes cuando se trataba de defender a los candidatos o cuando criticaba la absurda sed de poder imperante en las asociaciones. Fue una persona prolífica particularmente en el psicoanálisis y en la música. Autor de más de 300 trabajos psicoanalíticos presentados sobre todo en congresos nacionales e internacionales en los que desarrolla su concepción psicoanalítica; y autor también de diversas obras musicales entre las que destacan su sinfonía coral *Temas para sobrevivientes*, que fue presentada en el Palacio de Bellas Artes y en la Sala Ollin Yoliztli de la ciudad de México; el quinteto para cuerdas *Mestizajes* que escribió para honrar al primer presidente latinoamericano de la Asociación Psicoanalítica Internacional (API) Horacio Etchegoyen y que se presentó en el congreso de la API en Ámsterdam; y un ballet que escribió especialmente para el IV Simposio Internacional sobre Sexualidad Adulta efectuado en Delfos (Féder, 1998). Tuvo también una importante labor a nivel internacional ocupando diferentes puestos en la Asociación Psicoanalítica Internacional (fue vicepresidente en 1989) y fue el primer editor por Latinoamérica del *International Journal of Psychoanalysis*.

Es reconocido internacionalmente por su teoría psicoanalítica sobre la *Ambivalencia pre-conceptiva* (Féder, 1980) mediante la cual consideraba que podían comprenderse las causas primarias de la violencia al igual que los aspectos más humanistas y creativos del hombre. En esta teoría propone que cada pareja humana (o cada individuo) antes de concebir un hijo, tiene en su mente a nivel inconsciente una constelación de fantasías alrededor

de la forma en la que él mismo fue concebido: si fue planeado o si fue producto de un embarazo fortuito, si fue concebido con amor o desamor, si fue muy necesitado o ignorado; y que estas fantasías se combinan en grados variables en el imaginario de los futuros padres determinando su deseo o falta de deseo de concebir un hijo, así como la relación que estos padres establecerán con su hijo. Féder afirmaba que cuando predominan las fantasías filicidas sobre las filifílicas en el imaginario de una pareja de progenitores durante el período pre-conceptivo y durante la paternidad, se presentan distintos grados de psicopatología en los descendientes, ya que estas fantasías inconscientes se manifiestan en la crianza de los hijos a través de actos violentos, de abandonos o negligencias, dejando a los hijos con un intenso dolor que se manifiesta en diversos síntomas, y en el peor de los casos con una inagotable sed de venganza. Pensaba también que si predominaban las fantasías de filifilia, los hijos podrían enfrentar las adversidades de la vida de forma creativa y humanista, ya que amarían a los demás como ellos mismos fueran amados. Aunque esta teoría planteada de esta manera podría resultar simplista, más adelante en este escrito se expondrá con mayor precisión las importantes aplicaciones clínicas de la teoría y la manera en que la teoría fue concebida según declaraciones del mismo autor.

Mi análisis didáctico con Luis Féder inició a finales de los noventas mientras me encontraba realizando mis estudios de psiquiatría. He de confesar que mi inconsciente me presionaba de mil maneras pero sobre todo a través de mis sueños, para que volviera la mirada hacia mi interior, hacia mi historia, hacia mis fantasías. Cuando llegué con él, no sabía lo que era el psicoanálisis ni frente a quien me encontraba, pero de entrada me agradó que se tratara de una persona ya mayor de quien asumí que tendría la experiencia suficiente para tratar mi locura. También fue importante escuchar su tono de voz que era amigable y correcto; y fue muy significativo percibir el ambiente de su consultorio que era cálido e invitaba a la reflexión. En su pequeña sala de espera había algunos cuadros, una estufa antigua y una escultura de hierro de una madre cargando en su gran rebozo a todos los hijos del mundo. Para llegar al consultorio había que atravesar un gran patio lleno de plantas que daban una sombra cálida y donde habitaba otra una enorme escultura que representaba al árbol de la vida. Ambas esculturas, descubriría años más tarde, eran de una ex analizada de Luis Féder, y en ellas me parece haber vislumbrado una conjugación de los autodescubrimientos de esta escultora durante su análisis con las ideas de Féder. Después de

subir unas escaleras, se atravesaba la azotea de la casa cubierta también de enredaderas y arbustos con flores y se llegaba a un amplio consultorio con libreros de caoba repletos de revistas de la Asociación Psicoanalítica Mexicana, pequeñas esculturas de diferentes culturas, con muebles estilo Art Nouveau y un diván en agradables tonos azules, con una gran manta que parecía un oso pardo con la que Féder parecía hacer alusión su origen ruso¹.

Por mucho tiempo me pregunté cuál era la teoría (o las teorías) en las que Féder se basaba para hacerme sus interpretaciones y para conducirse en el análisis, cuestionamientos que empecé a hacerme sobre todo cuando inicié la formación psicoanalítica cuatro años después de haber iniciado mi análisis. Durante un tiempo pensé que era todo un winnicottiano; también sabía, porque Féder no lo ocultaba de ninguna manera, que era un total anti-partidario de la pulsión de muerte. Me imaginaba también que tenía influencia de la psicología del Yo, y podía asimismo sentir la influencia de Santiago Ramírez (1959), la de su propio analista, cuando analizábamos lo más profundo de mis “complejos” mexicanos. Pero finalmente tuve la convicción de que Féder era completa y totalmente féderiano, por lo que en la siguiente narración se muestra, mediante la experiencia en mi propio análisis, esa parte no escrita de Féder en la que se puede ver la total erupción de su creatividad, su proceder dentro del *setting*, determinada en gran medida por su poderosa personalidad.

La vivencia: un eclipse de luna

En febrero del 2008 pudo observarse un eclipse total de luna desde la ciudad de México. El espectáculo fue conmovedor. Su belleza entró por mis ojos y se conectó directamente a lo más profundo de mi ser y pensé: “Así estuvimos Féder y yo unidos en algún momento, fusionados, y por eso ahora puedo desear un hijo con mi marido que me envuelve en sus brazos”. Pensaba esto mientras me sentía estremecer por los sentimientos que súbitamente me invadieron durante la contemplación del eclipse. Después surgió en mí una urgencia loca de correr a contarle a Féder todo lo que había pasado por mi mente.

Desde ese momento tuve la idea de que mi psicoanálisis era como un eclipse de luna. Sentí mucha alegría al pensar que por fin encontraba

¹ La analogía se reveló con un sueño durante mi análisis, en el que una gran osa parda en lugar de atacarme me estrujaba entre sus brazos.

una metáfora con la que podría describir lo que había sido mi experiencia analítica porque sintetizaba bellamente una fase de encuentro, otra de unión y una de separación. Una explosión de ideas, imágenes, colores, frases, palabras y emociones, llenaron mi cabeza.

Sucedió más o menos así: Cuando observaba la sombra de la tierra que cubría lentamente a la luna, recordé la manera en la que mi alma y la de mi analista se fueron acercando. Fue un lento aproximar en el que en un principio yo tendía a resaltar dentro de mí misma el hecho de que éramos dos cuerpos muy diferentes por nuestro tamaño, edad, color, experiencia y peso. Todo ello hacía que en mi cabeza, se acentuara una distancia que no sabía de qué manera ni por qué razones, establecía entre mí y los demás. Poco a poco fue haciéndose evidente para mí, que mantenía a Féder a raya, a una distancia confortable, aunque en el fondo, fantaseaba con tenerlo verdaderamente cerca. Paradójico sí, como casi todo en psicoanálisis. La distancia era tenazmente mantenida por mí, y era de alguna manera alimentada con mis pensamientos que me decían: *si se queda callado y no te dice nada de su persona, es porque no debes preguntar nada, así que mejor calla*. Su abstinencia fue muy útil durante los primeros años de análisis, porque en ese entonces estábamos él y yo en una perpetua luna nueva (en Novilunio), cuando la luna no logra verse en las noches oscuras porque el resplandor del sol impide su visualización. Entonces desde la Tierra se ve algo así como el lado oscuro de la luna, y pensaba que esas eran mis sombras proyectadas sobre él, sobre Féder, que no permitían que lo visualizara. Sombras que fueron profundamente analizadas. Su abstinencia fue sin duda, la mejor herramienta que empleó para que mis proyecciones y transferencia pudieran ser puestas en relieve y examinadas.

Pero poco a poco un cambio empezó a ocurrir, cuando pude ir descubriendo al verdadero Féder, aquel que ya no era sólo el producto de mis construcciones mentales y fue entonces cuando empezó la verdadera transformación. Recuerdo que por ahí del tercer año de análisis, lo saludé con mi acostumbrado retirado y lejano saludo de mano, cuando súbitamente tiró de mí de un jalón y besó mi mejilla. ¡Me sentí tan aliviada! En algún otro momento de honda tristeza y desconsuelo para mí, al despedirme, tomé mis manos entre las suyas y con una voz firme y a la vez tierna me dijo: *No te preocupes ..., saldremos juntos de ésta*. Eran momentos en los que su presencia real, me obligaba a contrastarlo con mis complejas fantasías, y a constatar de qué manera me encontraba rodeada de aspectos rígidos o desvitalizados de mí misma impidiéndome hacer un contacto real con lo

externo. Entonces, mientras observaba el eclipse, supe que mi analista era como esa sombra de la Tierra que se proyectaba sobre la luna, por su lento andar y su sutil forma de acercarse. Un aproximarse que fue sutil y lento pero firme y continuo; a ese ritmo pausado me iba mostrando un nuevo lenguaje.

Mientras el ambiente, durante la contemplación del eclipse, parecía enrarecerse porque los colores se percibían diferentes y variaban las tonalidades de la atmósfera; se agudizaron los sentidos y fue sorprendente sentir en el rostro la velocidad del aire y su fría temperatura, observar el contraste con las luces de la ciudad y sus sombras; distinguir el movimiento y la perspectiva. Tantos factores componían la experiencia e imaginaba las analogías que todos ellos tenían con los factores que se introducen en un análisis: el lugar, el clima del consultorio, la mirada y la mente del analista, su estado de ánimo y su personalidad, las enfermedades, el paso del tiempo, los eventos de la vida, las teorías como telón de fondo que determinan en gran medida la perspectiva y el proceder dentro del *setting*.

Seguía observando conmovida el fenómeno natural y pensé que surgía de la existencia de tres astros, el sol, la luna y la tierra que en sus misteriosos movimientos, dos de ellos parecen fusionarse sin siquiera rozarse. La unión no era más que una ilusión que sólo se consigue con la presencia distante de un tercer astro, el sol, que promueve que ello que se ve, surja. Me pareció una versión astrológica del complejo de Edipo que en ese momento me encantó. Además de que existe una *interdependencia* de los astros para que ese fenómeno tan bello, ocurra, y ese fue otro elemento muy federiano que vino a mi mente. Era su manera de nombrar y darle un valor especial al vínculo, pero tomando en cuenta la imprescindible función del padre. Es el hombre quien durante el embarazo y la etapa postnatal, sostiene a la mujer para que pueda entregarse de manera devota a los cuidados del pequeño. Es el padre del niño, quien al identificarse con su esposa, siente las náuseas y los dolores que su esposa siente durante el embarazo y para Féder, este era el verdadero significado del síndrome de *couvade* (Féder, 1981). Juntos, cuando los progenitores han sido suficientemente deseados, toleran la regresión necesaria para identificarse con el bebé por nacer y se establece un triángulo de retroalimentación positiva entre los tres (Féder, 1980, 2003). Esta compleja construcción mental internalizada, es la que toleró también la regresión durante el coito lográndose la concepción.

Y finalmente el momento tan esperado, oscuridad-resplandor total, ¡eclipse total de luna! Maravillosa fusión que dura sólo un instante, intenso, inquietante, penetrante, pero efímero. Así me recordé fusionada con Luis

Féder, intensa y misteriosamente. Imaginé que previo a ese momento, era como si yo hubiera andado como la luna, girando y dando vueltas alrededor de la tierra, hasta que la tierra logró envolverme con su sombra protectora y pude descubrir (o mejor dicho, redescubrir) la importancia, la necesidad, la belleza de la unión de un nosotros. Es un encuentro posible y real, al mismo tiempo que no es más que una ilusión porque finalmente la tierra y la luna nunca se tocan. En estos momentos de contacto, emerge algo único y nuevo que sólo puede ser creado en ese momento para después difuminarse. Y así como es largo el tiempo que hay que esperar para que podamos observar eclipses de luna, largo es el andar en el camino del psicoanálisis, para poder descubrir (o en su defecto, construir) esos lugares de encuentro con nuestros analistas. Cuando por fin empecé a comprender lo que Féder me decía, poco a poco empezó a darse el eclipse, una unión que dentro de mí permanecerá siempre, aunque eventualmente hubimos de separarnos físicamente porque los eclipses no son eternos, pero tal vez eso es lo que los hace tan hermosos.

En esos momentos de contacto obtuve de Féder la gravedad y el peso de sus palabras, su experiencia, su sabiduría, su lentitud, su compañía y frases de aliento. Sobre todas las cosas, su ternura, su comprensión, su agudo sentido del humor. También sus contradicciones, sus ocasionales pero intensas reclamaciones, su impuntualidad, su cuerpo lentamente arrasado por el tiempo, su sueño, su voz con su encanto. Su manera juguetona y muy modernista de ver la vida. Cuando ya estábamos en fases finales de análisis, Féder me decía que yo le dejaba mi compañía, mi vitalidad, mis berrinches femeninos, mis lágrimas y mi juvenil alegría. Sé que sobre todo, tuvo que tolerar mis horribles exigencias, las más obsesivas, y no las toleró tan calladamente: cuando era insoportable, me lo sabía comunicar. Pero Féder me hacía sentir que me quería, hasta cuando yo más lo odiaba y que soportaría con paciencia mis embates más salvajes. Fue muy importante para mí, poder confrontarlo con sus errores ya que al hacerlo fue posible integrar las partes positivas y negativas de lo proyectado sobre él y la larga poder contactar con la persona real (integrada) del analista.

Después, ya terminado mi análisis, cuando lo visitaba en compañía de mi hijo, me decía que con cada visita le regalaba cachitos de vida. Mi hijo juguetón se acercaba a su silla y tocaba con cuidado sus piernas, como si supiera que dentro de ese hombretón, había algo que había que tratar con mucho cuidado y delicadeza. Se hacían caritas, daban brinquitos y reían juntos.

Una vez le pregunté a Féder qué era para él el psicoanálisis didáctico.

Me dijo que era igual a que dos personas que se encerraran en un cuarto, se encueraran completamente, después de lo cual se vistieran lentamente, se dieran la mano y se dijieran: Mucho gusto gracias por mostrármelo todo, y se despidieran. A mí inicialmente me resultó fascinante esta idea pero inmediatamente después tuve que desintegrar su comunicación, hacerla polvo, destruirla (como tuve que destruir a la figura filicida que yo proyectaba en él) por lo impresionantemente provocativa que me resultó. No fue hasta el eclipse de luna que pude volverlo a pensar y comprendí a profundidad lo que me quiso decir. Me conmoví hasta el tuétano.

Era verdad, Féder era una persona que se mostraba como persona total, muy fuerte e íntegro porque no tenía nada que ocultar, una persona a la que uno podía conocer completamente sin disfraces. Uno podía adentrarse en todos (bueno, en casi todos) sus recovecos. Dispuesto a mostrar una especie de verdad emocional por lo que el vínculo era diáfano, confiable. No obstante, cuando pasa esto entre dos personas, se corre el riesgo de contactar también con las partes más frágiles del otro, por lo que fue inevitable sentir en ocasiones un pesar muy grande ante esa soledad, que poco a poco con el paso de los años, le fue envolviendo. O cuando tocaba el dolor que sentía por haber sido hijo único o por haber perdido a toda su familia durante el genocidio nazi. Había también una especie de herida narcisista que nunca dejó de sangrarle por dentro que despertaba en ocasiones fuertes demandas de reconocimiento en el ámbito psicoanalítico; y una obstinación por seguir trabajando aún cuando su cuerpo le solicitaba descanso. Sin embargo, si uno asumía el riesgo y toleraba el dolor, las ganancias eran con creces, porque uno no paraba de alimentarse de su afecto tan profundamente cercano, incondicional y sincero. De la música que componía espontáneamente en su cabeza, en el consultorio, del tarareo con el que acompañaba algunas de sus interpretaciones.

Féder me ayudó a recordar y a distinguir con claridad por qué vale la pena vivir: me mostró que lo bello de la vida es que es compartible. Cuando juntos se contempla un amanecer, o un eclipse de luna, o se escuchan las olas del mar. Cuando se comparte un momento de silencio ante el inevitable dolor, un silencio que aligera el sufrimiento. Cuando se escucha una sonata en compañía, cuando se canta una melodía, se percibe la vida vibrante que corre en el interior.

Con él descubrí que el distanciamiento con las personas y la dificultad para reconocer la importancia del compartir, se debía en gran medida al miedo a que se despertara el profundo dolor que acompaña a las

separaciones, por muy breves y momentáneas que fueran. Mi angustia crecía ante tal descubrimiento, al ser inexplicable la magnitud del sentimiento ante la fugaz separación. Él, con ecuanimidad, calmaba mi angustia mientras decía: *Dentro de nosotros siempre hay un espacio en el que todo se percibe de una manera mucho más intensa y donde el tiempo se elonga, se hace casi infinito; es el tiempo y espacio en el que habita nuestro bebé interno al que hay que aprender a escuchar, cuidar y a tolerar, para después reconocer que sólo es una pequeña parte del problema.*

Una tarde, asombrada, le comentaba a Féder que no me explicaba por qué no era tarea fácil reconocer abiertamente la importancia del *nosotros*. Él me dijo: *Las perras le lamen los ojos a sus cachorros para que los abran y aprendan a ver... así se enseña a amar.* Y sí era cierto, Féder con la nueva forma de comprensión que brindaba, con su habilidad para poner en palabras lo que ocurría en el vínculo, lamía los ojos de sus analizandos y les mostraba una nueva manera de amar. Ahora sé que el tiempo y el espacio que Luis Féder ocupa en mi interior, es eterno e infinito, es decir, el tiempo y el espacio que ocupan los objetos psicoanalíticos.

La teoría: la ambivalencia pre-conceptiva

Con la narración de mi experiencia analítica con Luis Féder, pretendo en primer lugar ejemplificar de qué manera la teoría de Luis Féder de la ambivalencia pre-conceptiva se entrelazaba con su práctica clínica. En segundo lugar pretendo profundizar en la siguiente tesis: los cambios que fueron determinantes para la formación de mi identidad psicoanalítica se relacionan con la creación, fortalecimiento o construcción de un espacio interno en el que la gama de experiencias emocionales que constituyen nuestro ser sensible, pueda devenir y ser transformada (Bion 1962, 1965) y que esto se produce mediante un complejo proceso en el que juega un papel predominante la apreciación estética.

Filicidio

“Yo estoy preparando el cuarto golpe a la humanidad y para mí el cuarto golpe es rebelarle a la humanidad que no somos hijos totalmente deseados. Que toda madre fue una niña, y una mujer, y que tiene el derecho a tener una ambivalencia pre-conceptiva. Ahora, que no sea muy amplia la ambivalencia pre-conceptiva, que sea lo suficiente deseado para dar las cosas buenas y

sobre todo que no sea tan terrible para quitarle a la persona el derecho de sentirse deseado”. (Féder, 2010)².

Desde la teoría psicoanalítica de Luis Féder, en la *primera fase de análisis* (o clásica digamos), la neutralidad y la abstinencia del analista, le permiten al paciente analizar la transferencia (como Freud desde 1912 escribió) y disolverla. Féder pensaba que durante esta fase, el analista le ayuda a su paciente a reconocer y a enfrentar el terrible dolor de no haber sido completamente deseado por sus padres. Desde su perspectiva es el peor dolor que un ser humano puede experimentar por lo que a lo largo de su vida tiende a negarlo, a reprimirlo o a manejarlo de manera tal, que produce diferentes síntomas y tipos de psicopatología, en el caso más extremo, la psicopatía grave y la violencia. El paciente tiene el derecho de hablar sobre (o a repetir en el vínculo con el analista) la manera en la que se sintió rechazado, herido, no mirado, no atendido, o sobrecargado por sus padres, y de expresar la rabia que esto le causa para poco a poco descubrir de qué manera esta ira se expresa en ciertos rasgos caracterológicos, o en los síntomas o en la manera compulsiva en la que el paciente se vincula. En la clínica se manifiesta en las diferentes caras de la transferencia negativa, como por ejemplo amenazas de rompimiento del encuadre, demandas extremas de atención o amor por parte del paciente, síntomas autodestructivos, o en la persistencia de síntomas o en el *acting out* (Féder, 1974, 1997).

Féder pensaba que todos los pacientes con características perversas o destructivas intensas constituían un grupo al que llamó el de los *abortos arrepentidos* (Féder, 1965). Son aquellos hijos que se salvan del aborto pero no del rechazo (Féder, 2003). Mencionaba que esta idea surgió mientras trataba a un paciente travesti y quien furioso recordaba que su madre le dijo que quiso abortarlo pero que en el último momento se arrepintió; y al descubrir cómo su conducta autodestructiva se ligaba estrechamente con esta herida narcisista. Después, Féder descubrió que esta queja, la de no haberse sentido deseado por los padres, era una queja presente en grados diversos en todos sus pacientes. El hecho de reconocer que nadie puede ser totalmente deseado, fue una idea que con el tiempo derivó en la idea de la ambivalencia pre-conceptiva.

Féder también describió a un grupo de pacientes que estaban en el

2 El 18 de mayo de 2010 se le efectuó una entrevista a Luis Féder con motivo de un homenaje que la Asociación Psicoanalítica Mexicana celebró en su honor. Un fragmento de dicha entrevista se publicó en el boletín electrónico de la APM (KALACH, T. y MENDOZA, Y., 2012).

otro extremo de la ambivalencia pre-conceptiva. Eran aquellos pacientes que eran deseados pero al mismo tiempo muy necesitados para reparar experiencias traumáticas, frustraciones o pérdidas de los progenitores. En ellos la herida consistía en tener que venir al mundo a cumplir una misión especial, tal vez supliendo una carencia de los padres, lo cual limitaba su libertad y el desarrollo de su verdadera personalidad. Los pacientes sufrían en silencio, sin quejarse pues eran los elegidos y amados, soportando el lastre *como un burro de carga* (Mendoza, 2008). Féder los llamó en un principio los hijos *superreponsables* (Féder, 1965 y 1975) y posteriormente *los hijos hiperresponsables* (Féder, 1997, 2003) y eran aquellos que tenían que sublimar estas cargas convirtiéndose en médicos o en psicoanalistas; o serían aquellos que elegirían profesiones con fines altruistas. Esta visión estaba representada en la escultura que describí previamente (la mujer cargando en su rebozo en la cabeza a todos los hijos del mundo); y según Féder esta fantasía también se simboliza en la leyenda del Atlas, y en los pilares en formas humanas de los templos griegos, o en los atlantes de Tula de la cultura Tolteca en México (Féder, 1975). En algunos de sus cursos, también hacía alusión a Jesús para explicar que era un mito construido alrededor de la imagen del hijo hiperresponsable, y que de alguna manera reflejaba una fantasía presente en el imaginario colectivo. Los hijos buenos, los elegidos, los más amados por los padres, están destinados a sacrificarse por el bien de los padres mismos. Empleaba la doliente imagen de Cristo colgado en la cruz para confrontar a sus analizandos con sus partes más masoquistas; para mostrarles que dócilmente se ofrecían al sacrificio porque ello les brindaba una enorme ganancia secundaria de tipo narcisista, de la cual sólo se podrían librar al reconocer que el amor de sus padres estaba fuertemente condicionado, es decir, reconociendo el aspecto filicida del amor paterno.

Filifilia.

“Se nos enseña después de la segunda vuelta, que qué bueno que no fuimos hijos totalmente deseados, es un regalo para tener una actitud flexible frente a la no perfección. Nos enseña a perdonar a nuestras madres, a perdonarnos a nosotros que en ocasiones hemos metido la pata y dañamos a veces muy seriamente. En fin, al aceptar esto hemos derrotado al perfeccionismo como valor“. (Féder, 2010).

Decía Féder que los pacientes *en una segunda fase del análisis*, debían

o podían entender que todos tenemos derecho a la ambivalencia, y que ello nos enseña a perdonar y a comprender a nuestra madre, a nuestro padre y a nosotros mismos cuando cometemos algún error, derrocando al perfeccionismo como valor. Durante este proceso el analista le ayuda a su paciente a descubrir o a desenterrar sus herencias filifílicas. En su escrito sobre los Abortos arrepentidos, el mismo Féder (2003) señala cómo su paciente travesti, en algún momento del análisis reconoció que ante la disyuntiva, su madre optó por tenerlo, y que a partir de ese momento sus conductas autodestructivas se limitaron.

Féder pensaba que en la teoría psicoanalítica clásica no se le daba el valor suficiente a los aspectos filifílicos o positivos de la crianza de los padres, que esto ocurría por ejemplo en la teoría de *El filicidio* de Rascovsky (1972) que curiosamente surgió de manera contemporánea a la teoría de Luis Féder, pero que desde su punto de vista le faltaba el aspecto positivo de la relación con los hijos; tendría que haber algo que hiciera contrapeso en la balanza. Pensaba que estos aspectos amorosos y positivos determinaban aspectos sanos y creativos de los pacientes. En aquellos casos en los que los pacientes hubieran experimentado casos de traumatismo extremo en su infancia, era el analista quien por medio de su comprensión y entrega le hace sentir a su analizado que es lo “suficientemente deseado”, término que parece haber tomado prestado de Winnicott quien hace referencia a la madre suficientemente buena. De tal manera que la disolución de la transferencia se logra en parte porque el analista durante el quehacer analítico, poco a poco le hace ver a su analizado que por momentos tuvo que haber sido, y que en el momento del análisis es, una persona lo suficientemente deseada. Es a través de la experiencia analítica, de la vivencia, que el analista le transmite este sentir de bienestar a su paciente. Féder lo explicaba así: “Dentro de los parámetros analíticos retroalimentación al paciente o al alumno con el reconocimiento, y mis comentarios son a veces ¡Hmm!, una carcajada o un todo depresivo.” (Féder, 1997, p. 387). “En lo técnico, que en sí es creativo, procuramos movilizar aquello que parece inerte en el paciente, como vencer la infertilidad y movilizar la procreatividad, o despertar y ayudar a encausar una insospechada creatividad en cada paciente, sin importar que sea el descubrimiento del agua tibia para algunos” (*Ibid.*, p. 388). Esa nueva manera de entender, de comprensión y esa escucha paciente, es una forma de aceptación, de nuevo recibimiento, de amor; y es en estos momentos cuando el paciente puede entonces desenterrar, redescubrir o recordar, los aspectos amorosos de sus padres, ya que nadie es totalmente deseado ni

totalmente No deseado.

Féder (2010) decía que un buen psicoanalista, “tiene que llenar el capítulo de haberse sentido un hijo suficientemente deseado, que la clínica³ tuvo que ayudarlo sí, pero un buen principio siempre ayuda”.

En segundo lugar, para Luis Féder era importante que el analista en algunos momentos del análisis (sobre todo del psicoanálisis didáctico) mostrara abiertamente su personalidad. Esto lo podemos ver con claridad en su concepción de lo que era para él un psicoanálisis didáctico: dos personas se encuentran, se despojan de sus ropas, se muestran uno al otro de forma franca, se vuelven a vestir y finalmente se despiden. Esto no quiere decir que el analista deba relevarle secretos o parte de su historia a sus pacientes, sino que muestre claramente su sentir en ciertos momentos del tratamiento. Esto puede ocurrir cuando hay turbulencias emocionales y el analista se siente perturbado después de haber cometido un *enactment* por ejemplo; o cuando existe un contacto emocional intenso y el analista se siente intensamente conmovido por su paciente.

Desde mi perspectiva, este proceso conduce a que el analizando a la par que se descubre a sí mismo e integra sus diferentes aspectos, vaya descubriendo a la verdadera persona del analista y pueda hacerse de un espacio en el que surja la nueva experiencia (Bion, 1962) sin que se vea invadida constantemente por residuos transferenciales. Como teorizó Winnicott (1971b) al describir el desarrollo emocional de los niños, esto equivaldría a pasar de la relación con el objeto por medio de identificaciones, al descubrimiento y el uso del objeto tras la destrucción del objeto subjetivo.

De esta manera el analista contribuye a la creación de un espacio interno donde la experiencia emocional se vuelve asequible y transformable, al compartir con su paciente durante diferentes fases del proceso, su capacidad de experimentar y aceptar dentro de sí mismo, toda una escala de matices y tonalidades emocionales que constituyen nuestro ser sensible, desde los más placenteros hasta los más terroríficos; el analista los experimenta sobreviviendo a la destrucción y el analizando se identifica con esta capacidad o función. El hecho de que el analista se muestre como persona pudiera resultar benéfico para evitar caer en indiferenciaciones entre analista y paciente ya que el analista se muestra como persona total (Winnicott 1988), diferenciando su propio sentir, del ajeno, y se coloca en una posición fuera de la omnipotencia o la sobre-idealización.

3 Se refiere al análisis didáctico.

Un nuevo amanecer o un eclipse total de luna

Enmarcado dentro de las experiencias filifílicas, podría ocurrir (no siempre) lo que Féder (2007) llamaba *Un nuevo amanecer*, imagen que acudía a su mente cuando se sentía sobrecogido por una experiencia estética que compartía con sus pacientes tras haber tenido la sensación de haber librado una larga batalla con (a veces contra) el paciente. Es una nueva experiencia: bella, inefable, y única; un encuentro entre analista y paciente de sosegada calma y futuro esperanzador. Un lugar y un momento en el encuentro analítico que permanece para siempre en el espacio psíquico, y que le da la fortaleza necesaria a la persona para enfrentar las diferentes vicisitudes de la vida o sus aspectos terribles sin desfallecer. Al hacer referencia a una imagen: *Un nuevo amanecer*, Féder ponía el acento en el aspecto inefable, vivencial y bello de este momento en el proceso psicoanalítico, destacando el valor terapéutico de esta experiencia a la vez que lo consideraba el resultado de una extensa y paciente labor psicoanalítica.

Considero que esta fue una experiencia importante durante mi psicoanálisis didáctico. Saber que Féder estaba ahí para recibir lo bello o creativo que surgiera de mi, o saber que aquello hermoso que emanaba de él, era compartible. Asimismo, el haber vivenciado momentos similares con mis pacientes tras un largo recorrido en el análisis, ha constituido una señal de mejoría y cambio. La experiencia podría describirla de la siguiente manera: el paciente se presenta en el consultorio y se dedica simplemente a ser, mientras se dispone a contemplar un rayo de luz que se cuele por la ventana; cuando en algún momento percibe la vida que emana de las plantas que se observan a través de la ventana que reverdecen con las estaciones; o repara en la calidez del lugar; en el confort del diván. Podríamos pensar que esta experiencia es el remanente de aquella fusión temprana con la madre que varios psicoanalistas han descrito, que genera sentimientos intensos de placer y fusión con el resto del mundo; que es una experiencia regresiva, favorecida por el encuadre, y que se relaciona con el re-encuentro con el objeto primario o al menos que se trata de una reminiscencia de aquello. Freud (1927 y 1930) lo menciona en sus escritos *El provenir de una ilusión y El malestar en la cultura* cuando describe el sentimiento oceánico de donde surgiría la experiencia religiosa en etapas posteriores de la vida. Freud la consideraba el resultado de aquel estado temprano en el que el yo todavía no sabe lo que le pertenece al yo y lo que le pertenece a lo externo. El paciente se encuentra sostenido por la situación analítica podríamos decir si

empleamos términos winnicottianos (Winnicott, 1955), porque se encuentra en un estado de dependencia absoluta con el analista. Sin embargo, creo que el aspecto agradable y bello de esta experiencia así como su contundente efecto terapéutico, no ha sido considerado suficientemente en la literatura psicoanalítica.

Este tipo de experiencias estéticas vividas en el proceso psicoanalítico se presentan en un contexto en el que pueden ser comprendidas, y surgen también después de un largo proceso psicoanalítico, después de que se ha analizado tenazmente la transferencia. Ese momento de quietud, de bienestar, es vivido y compartido sin que los límites del Yo se pierdan ya que el analista y el paciente perciben que comparten un sentir que ha emergido del vínculo terapéutico construido. El analista y el paciente reconocen que del intenso contacto que han establecido sus mentes, emerge una nueva y agradable experiencia emocional. Juntas, transforman esa experiencia. El hecho de verbalizar lo acontecido (en términos de, hoy fue un día diferente, este momento fue bello, “hoy hubo un Nuevo amanecer” como textualmente lo diría Féder), permite que la experiencia pierda su carácter místico, sobrenatural e idealizado.

Considero que esta experiencia podría considerarse como un indicador de cambio y mejoría porque es una señal de que en el espacio psíquico se ha podido construir- re-construir un espacio abierto para la apreciación estética, la cual siempre será útil vivir plenamente los placeres de la vida y para tolerar de forma creativa sus angustias.

En otras palabras, se podría decir que se ha adquirido una adecuada tolerancia de la angustia y se está dispuesto a enfrentar la nueva experiencia (logro muy importante de la capacidad para pensar según Bion) y que la capacidad para la reflexión o para la creatividad, a las que podríamos llamar un factores de la función alfa (Bion, 1962) está presente en estado latente, lista para ser empleada ante el encuentro con lo desconocido.

El origen de su teoría según el propio Luis Féder.

“Para mí, ser parte de algo era muy importante, muy importante. Eso quiere decir recuperar la familia a través de otro tipo de agrupaciones. Los nazis entraron al pueblo donde vivían mis abuelos maternos por las cuatro puertas digamos que dirigen al zócalo, le pidieron a la población que se saliera y la ametrallaron toda. Se escapó uno que fue a contar lo que pasó en otro país. Mi familia la de Rusia, es decir mi abuela, un tío, tres

tías, se tuvieron que cambiar de una ciudad a otra, perdimos contacto, la costumbre de comunicarnos se fue perdiendo poco a poquito. Tanto que en el caso de mi madre, una vez entré al comedor de la casa y mi mamá había sufrido un desmayo. Mi papá estaba apuradísimo con un papel en la mano. Era un carta. Él le censuraba las cartas no permitía que le llegaran directamente. Mi madre era la mayor de 14 hermanos ¡imagínese escuchar que mataron a tu hermana a tu hermano! Leyó eso mi mamá. Poco a poco se fue haciendo la idea y ya no preguntaba. Creo que por ahí se puede ubicar un poquito por qué quise ser psicoanalista: Desde saber algo de dónde viene tal destructividad, cómo se logra la supervivencia y sobre todo ser parte de un grupo que se ocupa de esto, inmediatamente al entrar a una agrupación, automáticamente, se logran hermanos, tengo muchos hermanos”. (Féder, 2010).

El pensamiento de Luis Féder fue gestado en México bajo la influencia de las muy divergentes corrientes psicoanalíticas que llegaron a nuestro país no sólo atravesando el polo sur y el polo norte, sino también directamente del viejo mundo (Dupont, 1997). Además de que el mismo Féder cursó sus estudios de psicología en la Universidad de Austin, Texas en Estados Unidos de América, y después realizó un internado de psicología por 13 meses en el Hospital de Worcester en donde tuvo su primer contacto con el psicoanálisis. Efectuó estudios de psicoterapia de grupo en Berkeley tras lo cual regresó a México donde trabajó en el hospital de la Castañeda y dio terapia de grupo en el Hospital Infantil de México. En México inicio su análisis que duró cuatro años con Santiago Ramírez y sus maestros fueron los pioneros de la Asociación Psicoanalítica Mexicana quienes habían viajado a Argentina, a los Estados Unidos de América y a Francia para analizarse. Fue el primer graduado de la recién fundada A.P.M. antes de formar parte de la IPA.

A México el psicoanálisis llegó para mezclarse y combinarse con lo propio y dar lugar a un psicoanálisis local por decirlo de alguna manera, un psicoanálisis mestizo para los mexicanos. Santiago Ramírez se analizó con Arnaldo Rascovsky en Argentina, y de ahí que el pensamiento de Rascovsky y el pensamiento de Luis Féder estuvieran de alguna manera vinculados en el tema del Filicidio. En sus teorías sobre la psicología del mexicano, Ramírez (1959) criticaba de una manera feroz la tendencia del mexicano a refugiarse de manera regresiva en la fiesta; la veneración que el macho mexicano tenía por la madre quien a su vez es considerada una figura castradora quien solicita la sumisión total de sus hijos; la falta de la ley del padre; así como la enorme envidia y rivalidad que existe entre

los hermanos mexicanos. Todo ello como consecuencia de que la sociedad mexicana en gran medida es producto de padres ausentes, padres españoles que preñaron a las mujeres nativas, con quienes no se comprometían y cuyos hijos no reconocían. Tragedia histórica repetida por generaciones. Como si la fantasía del filicidio definiera al mexicano quien destruye todo lo creativo por desamor, envidia y venganza.

Para Luis Féder esta visión, que él percibía como unilateral, era inaceptable. Su familia, de origen judío y originaria de la ciudad Minsk en la actual Bielorrusia por parte de su padre y de Polonia por parte de su madre, llegó a México cuando él era un niño pequeño. Su padre escapaba de la revolución rusa ya que había sido parte de la milicia del último zar, y gracias a un amigo quien le advirtió que sería tomado preso al día siguiente, escapó con su familia (con un Luis Féder de seis meses de edad) en un antiguo carruaje esa misma noche y huyeron a Polonia, al poblado de donde era originaria su madre. Así lo describió Féder en 1997: “Así emprendieron su temeraria y definitiva fuga hacia la libertad a sólo cincuenta peligrosos kilómetros de distancia a casa de mi abuelo materno. Estas anécdotas son un excelente ejemplo de amistad, salvación y de heroísmo, valores que predominan entre nosotros. Mi padre salvado por la amistad de los sus amigos y él mismo salvándonos de una terrible experiencia que culminó con todo el pacífico intermedio de vivir en Newish casi cinco años después de este éxodo” (Féder, 1997, p. 370).

Algunos años después, al mudarse a México, la familia fue recibida con calidez, apertura y solidaridad, y fue algo hacia lo cual Luis Féder siempre sintió un profundo agradecimiento. Para un Luis Féder de seis años, el llegar a México representó toda una nueva experiencia sensorial que dejó una agradable huella y más adelante, México representó el refugio seguro. Luis Féder entonces reconocía que el mexicano, al tener este dolor heredado de no haber sido un hijo completamente deseado, tendía a descalificar y a no valorar su origen; que por ello existía un menosprecio hacia lo genuinamente indígena o que existía una tremenda vergüenza cuando se hablaba del origen humilde y se devaluaba lo mexicano en el otro y en lo propio. Por ello el mexicano tendía a descalificar o a criticar con dureza a sus compatriotas y la rivalidad filial era violenta. Sin embargo, valoraba la parte cálida, festiva, hospitalaria, amigable y trabajadora del mexicano, como aspectos fundamentalmente positivos (filifílicos) de la cultura transmitidos por generaciones y que los aspectos filicidas no habían logrado destruir. De tal manera que Féder parecía comprender esta mexicana ambivalencia,

permitiendo que los pacientes se reconciliaran con sus orígenes, y quizá pudo hacerlo ya que su calidad de extranjero lo colocaba en una situación distinta ante el origen mestizo de la sociedad. El mestizaje brindaba sólo ganancias desde su perspectiva⁴.

Féder fue un pequeño muy deseado y querido por su padres, pero también muy necesitado porque fue hijo único. Recordaba con tristeza que su madre nunca pudo volver a embarazarse y que durante muchos años pensaron que esta era una reacción psicósomática ante la culpa que sentía su madre al haber sobrevivido a sus catorce hermanos. Por lo que pensar en Féder, es pensar en el hijo hiper-responsable pero también en el sobreviviente. Este último aspecto está expresado en su obra musical:

“Mi primera sinfonía coral se llama *Temas para sobrevivientes*, que fue tocada en Bellas Artes y en la Sala Ollin Yolitzí, naturalmente que el museo del Holocausto tiene una copia. De mis primeros trabajos psicoanalíticos tengo uno que se llama Técnica psicoanalítica y fantasías de salvación. Indudablemente estaba buscando llenar mi vida a través de esas ocupaciones, llenaba requisitos externo e internos” (Féder, 2010).

La historia de Féder, según sus propias palabras, se relaciona directamente con su elección profesional y con sus desarrollos teóricos, y forzosamente tienen una gran utilidad clínica ya que para él, era fundamental encontrar una manera de prevenir la violencia. Pensaba que si la pareja de progenitores tenía la oportunidad de analizar sus fantasías filicidas antes de concebir, cabría una pequeña esperanza para la prevención de la violencia (Féder, 2003, 2010). Féder nunca perdía de vista el gran valor que tenía el elemento amoroso y creativo de la humanidad por lo que siempre había un lugar muy importante para el juego, el gozo, la belleza y la creatividad en todos los aspectos de su vida, y por supuesto en su teoría.

He de decir que como analizada de Luis Féder verme confrontada con el deterioro paulatino de su salud fue por momentos difícil y desolador. Sin embargo de forma paradójica también pude gozar de su cariño, fortaleza, gran vitalidad y de su agudo sentido del humor prácticamente hasta el último día en que vivió. Por ello lo admiré mucho. Mi psicoanálisis terminó casi tres años antes de que él falleciera y mantuvimos una relación de profunda amistad hasta que falleció. Se dedicó al psicoanálisis hasta sus últimos días

4 Mencionado en el documental sobre Luis Féder intitulado Preconceptología: Un nuevo amanecer; idea original de Ana G. Brener; dirección y guiones de Leonora Martín del Campo M.

partiendo de este mundo un 24 de mayo del año 2011. La fuerza creativa que lo caracterizó y su gran humanismo, nos obliga a nosotros, sus hermanos e hijos psicoanalíticos, a recordarlo con aprecio y gratitud.

Epílogo

En este trabajo, he nombrado a las experiencias estéticas vividas durante mi psicoanálisis didáctico con el nombre de *eclipse de luna*, y considero que estas experiencias vividas durante mi análisis, son una parte esencial de mi identidad psicoanalítica y parte esencial también de mi persona. Considero que el poder entrar en contacto con lo bello, es el resultado de una “buena” experiencia analítica, y es un aspecto de aquello que los analistas consideran lo inefable de la experiencia analítica.

Sobre el tema de la estética y el psicoanálisis, muchos psicoanalistas además de Féder han escrito. Autores que pertenecen a la escuela británica de psicoanálisis como Winnicott (1972a), Bion (1962, 1965, 1978), Meltzer (1988) y Bollas (1978) hacen alusiones directas a lo estético, la creatividad y la belleza a lo largo de su obra; mientras que analistas que han estudiado la comunicación interpersonal y el desarrollo infantil también lo hacen de manera indirecta como por ejemplo Daniel Stern (1998) al hablar de los momentos de encuentro (*meeting moments*) o cuando Robert Emde (2009) habla del yo-nosotros (*we-ego*). Sería importante estudiar en un futuro, el lugar que ocupa la experiencia estética en las diferentes teorías psicoanalíticas para poder desarrollar una adecuada conceptualización del fenómeno y para poder corroborar o descartar la importancia terapéutica que se le da en este escrito.

Para finalizar, puedo decir que porto a un Luis Féder en mi interior que me permite, entre otras cosas, hacer más tolerable su ausencia. Un Féder a quien conocí casi totalmente y con quien compartí, no uno, sino muchos amaneceres, algunos cálidos, otros lluviosos y nublados, algunos otros fríos y muchos otros hermosos.

Resumen

Este escrito es la historia de un encuentro entre dos personas que se reunieron por nueve años para ir labrando un camino hacia el inconsciente. Recorrido en el que dos almas se miraron, se sopesaron, se tocaron, se reconocieron, se enfrentaron a lo ajeno y extraño de lo propio, para poder

después abrirse a lo desconocido y a lo nuevo. Transcurso que provoca una misteriosa transformación, difícil de explicar y para lo cual los psicoanalistas han recurrido a diferentes construcciones teóricas intentando descifrar sus secretos. Se pretende entonces mediante esta historia, dar a conocer una de esas múltiples construcciones que los psicoanalistas han creado para dar cuenta de su quehacer psicoanalítico, la teoría de la Ambivalencia Preconceptiva creada por Luis Féder. Al dar a conocer esta teoría, se pretende también recordar y difundir su pensamiento sin duda original, pero especialmente, la manera como se conducía en el *setting* analítico. Esta historia cumple también la función de comprender e integrar lo vivenciado en un análisis didáctico señalando algunos de los aspectos que la analizanda consideró decisivos para su transformación en psicoanalista. Se propone que este acompañado viaje al interior promueve un cambio como resultado de encuentros íntimos entre los viajantes, encuentros que son llamados en este ensayo *eclipses de luna*, y que son momentos en los que una experiencia estética permite un profundo intercambio etéreo, indefinible y único, entre un analista y su paciente. Estos encuentros crean o fortalecen espacios internos en los que se acepta una paradoja, en ellos se logra contener el dolor debido a que al mismo tiempo se ha expandido la posibilidad de contactar con lo bello. En términos de Féder sería igual a superar las herencias filicidas al haber podido rescatar después de una larga lucha, las herencias filifilicas. Por último, ésta también es la historia de una separación y de un duelo, de una larga despedida que inició mucho antes de la separación física y real, entre Luis Féder y yo.

Palabras clave: ambivalencia pre-conceptiva, experiencia estética, Féder, filifilia, filicidio, transformación psíquica.

Abstract

This writing is the story of an encounter between two persons who met for about nine years to carve a way to the unconscious. A journey that produces a mysterious transformation, which is challenging to elucidate. Thus psychoanalysts have created different theoretical constructions in order to decipher its secrets and this story is the attempt to show one of this multiple constructions, the one that was created by Luis Féder, namely the Preconceptive Ambivalence. Through this elaboration, it is also intended to remember and disseminate his undoubtedly original thought, but especially the way he worked in the analytic room. This story also serves to understand

and integrate what was experienced in a didactic analysis, indicating some of the aspects that the analysand found crucial for her transformation into an analyst. The author proposes that this accompanied expedition to the inner world promotes a change as a result of intimate contacts between the participants, which are called on this writing Moon Eclipses. These are moments in which an aesthetic experience allows for a deep, ethereal, undefined and unique interchange between an analyst and her analysand. These types of encounters strengthen, or in their absence, create internal psychic spaces, where a paradox is accepted: it is possible to contain the pain because, at the same time, the capacity to be in touch with beauty is expanded. In terms of Luis Féder, it would be equal to overcome the filicidal legacy after being able to rescue -or recover- the filifilial inheritance. Finally, this is also the story of a separation and a mourning; a story of a long departure that started a lot of time before the real separation between Luis Féder and me.

Bibliografía

- BION, W.R. (1962): *Learning from Experience*. London: Tavistock.
- BION, W.R. (1965): *Transformations*. London: Tavistock.
- BION, W.R. (1978): [Internet]. Un seminario efectuado en París [A seminary in Paris]. Available from: <http://www.psychanalysis.org.uk/bion78.htm>
- BOLLAS, C. (1978): The aesthetic moment and the search for transformation. *Ann. Psychoanal.*, 6: 385-394.
- DUPONT, M.A. (1997): *Los fundadores [The founders]*. México: Tesis Económicas Profesionales [Mexico: Economical Professional Thesis].
- EMDE, R. N. (2009): From ego to “we-go”: Neurobiology and questions for psychoanalysis- commentary on papers by Trevarthan, Gallese, and Ammaniti & Trentini. *Psychoanalytic Dialogues*, 19 (5) 556-564.
- FÉDER, L. (1965): Los abortos arrepentidos: Los indeseables. La herencia del héroe muerto: Los superresponsables [The repentant abortions: the undesirable. The inheritance of the death hero: the super-responsible]. V Congreso Nacional de Psicoanálisis, México [5th National Congress of Psychoanalysis, Mexico].
- FÉDER, L. (1974): Adoption trauma: Oedipus myth/clinical reality. *Int. J. Psycho-Anal.*, 55:491-493.

- FÉDER, L. (1975): Atlantes y Cariátides. Los superreponsables. Psicogéneiss de las cargas psíquicas [Atlantis and caryatids. The super-responsables. Psychogenesis of psychic load]. XV Congreso Nacional de Psicoanálisis, México [15th Congress of Psychoanalysis, Mexico].
- FÉDER, L. (1980): Preconceptive ambivalence and external reality. *Int J Psychoanal*, 61:161-178.
- FÉDER, L. (1981): Los dolores del parto del padre y el Couvade [Pain labor in the father and the Couvade]. XXI Congreso Nacional de Psicoanálisis, México [21th National Congress of Psychoanalysis, Mexico].
- FÉDER, L. (1997): Dr. Luis Féder. In: Los fundadores [The founders]. México: Tesis Económicas Profesionales [Mexico: Economical Professional Thesis]. pp. 331-416.
- FÉDER, L. (1998): A psychotherapist in Mexico. In: Why I became a Psychotherapist. New Jersey: Jason Aronson Inc.
- FÉDER, L. (2003): Origen primario de la violencia [Primary origin of the violence]. Libro inédito [Unpublished book].
- FÉDER, L. (2010): Entrevista inédita [Unpublished interview].
- FREUD, S. (1912): The dynamics of transference. *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud, Volume XII (1911-1913): The Case of Schreber, Papers on Technique and Other Works*, 97-108.
- FREUD, S. (1927): The Future of an Illusion. *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud, Volume XXI (1927-1931): The Future of an Illusion, Civilization and its Discontents, and Other Works*, 1-56
- FREUD, S. (1930): Civilization and its Discontents. *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud, Volume XXI (1927-1931): The Future of an Illusion, Civilization and its Discontents, and Other Works*, 57-146
- KALACH, T. y MENDOZA, Y. (2012): [Internet] La visión del psicoanalista. Entrevista a Luis Féder. [The psychoanalyst's view. An interview to Luis Féder] In: Boletín electrónico de la APM [Electronic bulletin from the Mexican Psychoanalytical Association (APM)] Available from:http://boletinesapm.blogspot.de/2012_07_01_archive.html
- MENDOZA, Y. (2008): Transmisiones y transformaciones: de lo siniestro a lo creativo. *Cuadernos de Psicoanálisis*, XLI (3y4): 78-90.
- RAMÍREZ, S. (1959): *El mexicano. Psicología de sus motivaciones* [The Mexican. Psychology of his motivations]. México: Grijalbo [Mexico,

- Grijalbo], 1977.
- RASCOVSKY, A. y RASCOVSKY, M. (1972): The prohibition of incest, filicide and the sociocultural process. *Int. J. Psycho-Anal.*, 53:271-276.
- STERN, D.N. *et.al.* (1998): Non-Interpretative mechanisms in psychoanalytic psychotherapy: The something more than interpretation. *Int J of Psycho-anal*, 79:903-921.
- WINNICOTT, D.W. (1955): Metapsychological and clinical aspects of regression within the psycho-analytical set-up. *Int. J. Psycho-Anal.*, 36:16-26.
- WINNICOTT, D.W. (1971a): Creativity and its origins. In: *Playing and Reality*. London: Tavistock Publications. pp. 65-85.
- WINNICOTT, D.W. (1971b): The Use of an Object and Relating through Identifications. In: *Playing and Reality*. London: Tavistock Publications. pp. 86-94.
- WINNICOTT, DW. (1988): *La naturaleza humana* [Human nature]. Buenos Aires: Paidós, 2006.